

Antonio García de León Griego  
El mar de los deseos. El  
Caribe hispano musical.  
Historia y contrapunto

México, Siglo XXI/Gobierno  
del Estado Libre y Soberano  
de Quintana Roo (col. Pensamiento  
caribeño), 2002, 248 págs.

Isaac García Venegas

En los últimos años, el mestizaje (o si se prefiere la hibridación) se ha convertido en uno de los ejes fundamentales para pensar y entender los procesos culturales. En este sentido, las contribuciones que en los años recientes han hecho intelectuales como Bolívar Echeverría, Néstor García Canclini, Roger Bartra, y Serge Gruzinsky, por mencionar tan sólo a algunos, son fundamentales. Ahora, el universo de estas reflexiones se enriquece con la atinada publicación de *El mar de los deseos* del historiador Antonio García de León, bajo el sello editorial de siglo XXI en coedición con el gobierno de Quintana Roo.

Conocido ante todo por sus trabajos sobre Chiapas, en este libro el historiador cavila, audaz y profundamente, en torno a su otro gran interés: la música. Quizá no muchos de sus lectores le hayan visto tocando, cantando y bailando en el fandango de Tlacotalpan, pero seguramente de allí le vino una muy fuerte inquietud por investigar el “abigarrado complejo cultural hecho de música y literatura cantada” del Caribe colonial, que hoy todavía manifiesta sus innegables parentescos en la décima espinela, el punto guajiro cubano, el galerón venezolano, la mejorana panameña, etcétera. Para ello, en poco más de tres años, Antonio García de León se dio a la tarea de encontrar y seguir las huellas de los ires y venires materiales e inmateriales en archivos de México, Colombia, Cuba, Estados

Unidos, España, Puerto Rico, Santo Domingo y Venezuela.

El resultado es sorprendente: un ensayo —como modestamente lo califica el autor— en el que demuestra y explica tanto la existencia como la construcción de un género común constituido por formas poéticas, instrumentos, ritmos y danzas provenientes de la tradición medieval española, los remanentes indígenas y las influencias africanas, al que llama, recuperando los planteamientos del cubano Argeliers León, el “cancionero ternario caribeño”. Se trata en esencia de una estructura rítmica, un inventario sonoro que, dominante en los siglos coloniales, paulatinamente fue cediendo su lugar preponderante a los ritmos binarios que se generalizaron en el siglo XIX y que predominan ahora en el Caribe. No obstante, aquel cancionero pervive, recreándose en las zonas campesinas, y es el piso sobre el cual se erigió la identidad caribeña colonial, aun latente en la actualidad. Sus restos son perceptibles y permiten vislumbrar una “Atlántida inmaterial” dispersa por las riberas del Caribe.

Un Caribe que, lejos de reducirse al archipiélago antillano, se extiende sobre las tierras continentales y peninsulares a uno y otro lado del Atlántico, incluso llegando a parte de las costas del Pacífico. Una comunidad histórica en la que “todo se mezcla y se recompone en una unidad original” a partir de los enlaces económicos y sus intercambios inmateriales que se generaron a lo largo de tres siglos. En realidad, como señala García de León, la música tan sólo es un pretexto para asomarse a la rica historia de una región que fungió como umbral en un doble sentido: punto de paso hacia las tierras continentales, y presentimiento de una vida moderna y globalizada que

no por antecesora dejó de volverse marginal en su propia dinámica. Todo elaborado a partir del mestizaje, de la mezcla conflictiva, de la fricción creadora, no sólo entre universos disímiles, sino entre lo culto y lo popular. Lo cual, como se demuestra en este libro extraordinario, es en última instancia la razón de ser de todo deseo. ●

Frida Kahlo  
Escrituras

Raquel Tibol (sel., proemio y notas),  
cnca/unam/Coord. de Humanidades-  
unam (col. Diversa, núm. 13), México,  
2001, 393 págs.

Carla Zurián de la Fuente

Comencé a pintar... por puro aburrimiento de estar encamada durante un año, después de sufrir un accidente en el que me fracturé la espina dorsal, un pie y otros huesos. Tenía entonces dieciséis años y mucho entusiasmo por estudiar la carrera de medicina. Pero todo lo frustró el choque entre un camión de Coyoacán y un tranvía de Tlalpan... Como era joven, esta desgracia no tomó entonces rasgos trágicos: sentía energía suficiente para hacer cualquier cosa en lugar de estudiar para médico. Y sin darme mucha cuenta empecé a pintar (pág. 279).

La vida epistolar de Frida, convertida en una volcadura de imágenes y deseos, transcurre lentamente, acompañada, con un sordo resonar de duelo. Los años escritos y dejados en el papel van ensanchando la figura de una mujer de múltiples aristas y nombres: Frieda, Fisita, Carmen, Mara, Xóchitl, *la Antigua Ocultadora*, *la Chicuita*... Junto a éstos, la energía para suspender los recuerdos y renovarse cada día de un modo refinado y elegante; preciso entre su torvo porvenir.

De ser la joven encaprichada por una ilusión de juventud, con el tiempo se va desenvolviendo una Frida horadada por la dureza y por